

5

Los liderazgos entrañables: el horizonte de las rupturas

La participación política, todo esto de estar confrontadas permanentemente con aspectos del mundo en los que no encajamos, estar confrontadas por personas, por instituciones, no contar con un mundo a favor, nos permite observar –a quienes hemos estudiado los fenómenos de liderazgos de mujeres– que hay crisis de los liderazgos y desgastes personales muy agudos en las mujeres que están permanentemente en la línea, trabajando por una causa.

Para enfrentar este trueno, que explotemos, que nos sintamos mal y nos desgastemos, pero también para evitar la discontinuidad en los liderazgos, la cooptación y la enemistad entre las mujeres, quisiera señalar algunas cosas puntuales. Antes traté de nombrar problemáticas políticas de los liderazgos femeninos que quiero repetir: desgaste, truenos en la política o la participación, truenos en la vida privada y la discontinuidad de los liderazgos de mujeres. Cuando hacemos estas historias vemos que, a veces, las mujeres entramos y salimos de los liderazgos cansadas y extenuadas porque no tenemos las condiciones para seguir, por agotamiento.

La discontinuidad es otro fenómeno. La entrada/salida, la pérdida de experiencia, poder insertarse nuevamente y carecer de apoyos familiares para continuar en los liderazgos son algunos de los muchos problemas políticos que enfrentan las lideresas. En cambio, los hombres están apoyados socialmente para mantener los suyos. Hay funciones afectivas y simbólicas de las mujeres esposas, madres, hermanas, amigas entre las que se cuenta apoyar el desarrollo de los liderazgos de sus esposos, de los hijos y los otros hombres. Pero las mujeres no contamos con esos apoyos familiares, sociales o políticos en las instancias donde actuamos y eso produce discontinuidad. Vemos cómo lideresas importantes y adecuadas desaparecen del escenario político como ovnis y tres años después aparecen nuevamente en otro espacio, otro sitio, o tratando de recolocarse. La discontinuidad es característica de los liderazgos de las mujeres. Algunas han tenido continuidad porque han tenido un sustento estructurador muy importante como partidos, organizaciones, movimientos, o han tenido apoyos familiares, de pareja, de comunidad, de colectivo.

También la cooptación es uno de los problemas más complejos de los liderazgos femeninos, un fenómeno de la política. Cuando alguien es cooptado significa que ha sido tomado por el bando opuesto, una institución, grupos o movimientos a los que no pertenece y acaba defendiendo ideas políticas contrarias, antagónicas y paradójicas con los principios que suponía defender.

En los liderazgos masculinos la cooptación tradicional es uno de los mecanismos de ascenso y de jerarquización de los hombres. Ellos usan este tipo de recursos como los antiguos pueblos centro africanos o los pueblos cazadores y recolectores de todas partes del mundo; cooptar al enemigo da más fuerza a quien lo hace. Los jíbaros, que reducían las cabezas de sus enemigos, no reducían cualquier cabeza; como son pueblos cazadores y guerreros las cabezas más preciadas eran las del enemigo más temido. Esta idea de que al tomar al otro se toma su espíritu o se posee su fuerza es muy típica de sociedades guerreras. En la historia, los pueblos prehispánicos tomaban a los otros y los mataban para que el sol renaciera cada mañana y no los abandonara. Entonces, imaginemos esta conciencia de tomar al otro hasta la muerte como una conciencia de empoderamiento increíble. Afortunadamente las mujeres no tenemos esa conciencia y tampoco necesitamos destruir a nadie para tener poder.

Cooptación, enemistad y supremacismo

Pero podemos ser cooptadas cuando participamos en la política sin conciencia de género. A veces ni siquiera tienen que cooptarnos, fuimos educadas en ella para avalar valores que nos destruyen, relaciones de poder que nos enajenan y para avalar el lugar tradicional de las mujeres en el mundo. Hay mujeres políticas en la sociedad civil, en el estado y en los gobiernos, cooptadas desde una perspectiva de género, reivindicando formas de oprobio para las mujeres o impidiendo el desarrollo personal y colectivo de las mujeres; ahí hay una cooptación histórica, pero por sometimiento, por opresión. Y desde luego las mujeres que no han tenido la oportunidad de conocer otras opciones no hacen más que cumplir con aquellas cosas para las que fueron educadas, formadas y para las que llegaron a esos espacios de poder.

Otra forma de cooptación dolorosa y complicada se produce cuando los liderazgos que queremos impulsar para el desarrollo alternativo, para la búsqueda de otras opciones de vida, cambian a posiciones distintas y abandonan la lucha. Muchas mujeres son cooptadas porque no tuvieron la suficiente formación de género, por fatiga ideológica, porque no tienen argumentos suficientes para apoyar sus intuiciones, sus deseos, sus anhelos y finalmente cualquiera las calla, cualquiera les da mejores argumentos, y las convence de que no tienen la razón. También pueden ser cooptadas por falta de recursos, de argumentos, por falta de discurso y por falta de apoyo o sustento social, porque los grupos que las posicionan en el liderazgo después las desamparan. Son dos vías de cooptación muy claras: la primera es que encuentran apoyos en otras opciones, quien las legitima y las avala y la segunda, que alguien de pronto cambie su posición.

El abandono es otra forma de cooptación. Las mujeres dejan de luchar y participar porque no pueden asumir toda la carga de vida que tienen, y regresan a una situación prepolítica. Hay mujeres que dicen: “decidí retirarme de la participación porque tengo problemas familiares, porque tengo personas enfermas, porque tengo hijos e hijas adolescentes que me necesitan y no puedo con todo esto”. Este tipo de cooptación es muy dolorosa y dramática porque habiendo tenido los recursos, habiendo pasado las pruebas, se pierden para el capital simbólico político de la causa.



El último tema, que frecuentemente está entre nosotras, es el de la enemistad. Es una de las políticas patriarcales y por eso no es natural. Se produce como rivalidad competitiva porque es fomentada social y culturalmente; y si no le ponemos un alto, nadie lo va a hacer. Nadie está interesado en que las mujeres tengamos acuerdo, encuentro, sintonía. Al contrario, tienen la urgencia de que nos confrontemos, que mostremos que pensamos diferentes, y que tenemos posiciones antagónicas. La sociedad y la cultura contemporáneas fomentan la rivalidad entre las mujeres y las sobreponen a la competencia patriarcal tradicional. En otras palabras, nosotras vivimos la superposición de la competencia tradicional de las mujeres tradicionales. Debemos competir para ocupar un lugar mínimo en el espacio, para ser reconocidas por los hombres, para realizarnos a través de los vínculos patriarcales. La competencia es estructural al patriarcado, uno de los ejes en sus relaciones de poder. Expresado de otra forma, la competencia es el producto de relaciones de poder entre mujeres, relaciones para ser elegidas por los hombres, reconocidas, aceptadas, incluidas en algo. Pero también se debe a relaciones de poder de clase entre las mujeres, porque entre nosotras hay relaciones clasistas marcadas por todo ese oprobio; eso posibilita que entre nosotras se desarrolle la desconfianza, el rechazo, la hostilidad, la animadversión e incluso la agresión.

Además, entre las mujeres las diferencias de clase están marcadas por relaciones de poder de clase, de estrato a estrato, de subgrupo de clase a subgrupo de clase, y desde cualquier cultura tradicional política se exagera la confrontación de clase. Las culturas conservadora y de derecha consideran que las clases sociales son consustanciales a lo histórico, a lo humano. Consideran que las personas de una clase no tienen que ver con las de otra clase y que hay una supremacía natural de clase; y las mujeres no somos ajenas a esas ideologías y culturas de clase, a esas formas de vida. Entonces, si entre nosotras media la enemistad clasista, la desconfianza clasista, y además tenemos relaciones personales de clase, las cosas se agudizan mucho más. Que cada una de nosotras tenga relaciones de clase con otras mujeres propone alternativas muy importantes que desmontan esa estructura. Por eso el feminismo es radical, porque el género toca todas las relaciones de opresión, y en la búsqueda de una ética distinta entre nosotras, inmediatamente nos damos cuenta que también debemos enfrentar esas desigualdades del clasismo en nuestras sociedades.

Quiero mencionar que las relaciones de enemistad también se fundan en el racismo. Nuestras sociedades poseen múltiples estructuras de poder y desigualdad, algunas son de género, otras son de clase, de casta o de raza; y entre las mujeres que pertenecen a grupos raciales y étnicos distintos con desigualdades históricas, se ha internalizado una cultura racista. Necesitamos enfrentar el racismo para enfrentar la enemistad entre las mujeres, necesitamos enfrentar el adultismo, el juvenilismo, infantilismo y el viejismo no porque no hay –la vejez es desvalorizada porque no hay supremacía de vejez, en la sociedad moderna las personas viejas son desechos, en otro tipo de sociedades las personas viejas acumulan la experiencia, son libros de sabiduría abiertos, tienen otros valores, aquí somos críticas de la modernidad que desecha a las personas viejas, somos críticas de la modernidad que desecha y excluye a las mujeres adultas–. Entonces, una clave para enfrentar la enemistad entre las mujeres es enfrentar todo tipo de supremacismo, ya sea de edad, étnico, de clase, político, ideológico, lingüístico o cualquier otro tipo.

Los liderazgos de mujeres también están insertos en relaciones enajenantes de poder entre las mujeres. No se trata solamente de cambiar el mundo, de luchar y que algunos hombres o instituciones se opongan. Se trata también de que necesitamos un territorio de igualdad entre nosotras y necesitamos construirlo con urgencia. Sin embargo, ocurre que nuestros liderazgos se desenvuelven con obstáculos racistas e intelectuales, y con confrontaciones muy enemistosas entre las mujeres. Después volveré sobre el tema, pero quiero mencionar algunas características para que nuestros liderazgos sean entrañables.

La triple ruptura: heroísmo, martirio y omnipotencia

Necesitamos hacer una triple ruptura política para poder avanzar: La primera es una ruptura ética con la tradición que llama e iguala el liderazgo al heroísmo, con la tradición que considera que para que un liderazgo sea fuerte, bueno y reconocible debe ser heroico. En América Latina tenemos tradiciones culturales políticas muy fuertes que consideran el heroísmo como un valor y una virtud. No podemos seguir permitiéndonos el heroísmo, porque es un atentado contra la calidad de vida de las mujeres, contra su integridad y su vida.

Los modelos políticos heroicos no ayudan en el avance de las mujeres porque implican el sacrificio y, al tratar de desmontar la opresión, tenemos que desmontar la cultura sacrificial de género que padecemos de las mujeres. Por eso las ideologías heroicas son incompatibles con algunas de nosotras, no con todas, necesitamos convencer a más. Los estragos que la virtud heroica ha provocado en el liderazgo de las mujeres son observables.

La segunda ruptura que debemos hacer es romper con la tradición patriarcal del martirio femenino. El martirio no implica acumulación de poderes sino aguante al dolor, al sufrimiento, a la pérdida, a la renuncia, al daño; es más, para que haya martirio tiene que haber daño, sufrimiento y pérdida. Con algunas de mis alumnas antropólogas de las religiones hemos hecho investigación sobre las mártires en diferentes religiones y es interesante encontrar por qué son mártires y por qué son valoradas: por el aguante a la opresión de género, entre otras cosas. Por ejemplo, en mi país valoramos mucho la abnegación de las mujeres. Es una virtud femenina pase lo que pase, hagan lo que hagan. Es una lealtad a toda costa, una adhesión incluso a quien te daña. Y eso que pasa en México no ayuda a las mujeres en ninguna parte del mundo, porque conduce al martirio y se identifica por valorar a través del daño, el sufrimiento, la pérdida, o vivir como que no pasa nada. Lo que ha impactado la cultura política de las mujeres, sobre todo las que se han incorporado a procesos que no tenían una perspectiva de género, ha sido una combinación sutil entre heroísmo y martirio. Ese sincretismo político no nos favorece, no lo queremos.

La tercera ruptura es con la tradición moderna. Nosotras hacemos una crítica enorme a la tradición moderna patriarcal de las superwoman. Son las mujeres que pueden con todo y además si tienen que arrasar con todo, lo hacen. Esa es la propuesta del liderazgo neoliberal, patriarcal y muy moderno, de punta y de vanguardia. Implica asumir la doble carga de vida de las mujeres como si no pasara



nada; asumir la doble jornada casi pidiendo una tercera porque no nos hemos cansado. Implica ser retadoras con el mundo porque los obstáculos nos parecen pocos. El liderazgo de superwoman es una exacerbación de la omnipotencia y prepotencia femenina.

Voy a esquematizar, pero estas tres tendencias están presentes en los liderazgos de las mujeres, a veces ni siquiera están separadas. Como antropóloga, trato de ver tipos teóricos pero la verdad es que están revueltas o nos dan por épocas de la vida. Un tiempo tenemos la de superwoman, luego una de martirio y pasamos a una heroica, o si no, por la tarde somos la heroica, en la noche la mártir y al llegar el sábado estamos hechas talco. Todos son mandatos, estereotipos basados en valores y en formas de ser mujer que se promueven entre nosotras. Los liderazgos tienen esas pautas y las podemos identificar. Por ejemplo, hemos visto compañeras que han entregado su salud a causas importantes porque fueron educadas para que su salud no importara; al contrario, tenían que parecer como si no interesaba. Son los liderazgos de la despersonalización de las mujeres. La vida privada sacrificada a la vida pública; el desarrollo personal sacrificado al desarrollo político de una causa extraordinaria. Cada uno de estos tipos, más modernos o más tradicionales, en el fondo transmiten y fomentan una visión de los liderazgos que daña la imagen, la causa de las mujeres.

Existe una cuarta ruptura, pero esa la dejo para que cada una llene la tarea en su casa con cualquier tendencia enajenante entre nosotras. Por ejemplo, Helena me recordó que no había hablado de las deportistas y caí en cuenta que me las salté. Muchas mujeres deportistas, pioneras, han desarrollado un liderazgo enajenante porque no han tenido las condiciones, el espacio, ni las posibilidades y están contando sus historias, del costo que pagaron al correr en el primer maratón que corrió una mujer. Hoy sabemos que las lideresas mundiales en gimnasia olímpica entre otras cosas, en las barras olímpicas, dejan el desarrollo de su sexualidad; ¿Sabían que cada vez se promueve más que las gimnastas sean chiquitas para brincar más, que pesen menos?; les dan dietas bajas en calcio para que no se les endurezcan los huesos, tienen que acumular muy poca grasa en sus cuerpos para no pesar, y cuando una no acumula grasa en el cuerpo y no tiene suficiente calcio llega a un grado de desarrollo fisiológico tal que no menstrúa; miles de gimnastas en el mundo no menstrúan.

Quise tomar este ejemplo para hablar de otras formas enajenantes de promover y desarrollar los liderazgos. La clave ética es preguntar a qué costo. Hace dos meses llegó a la punta del Everest la primera mexicana, se apellida Garzolio. Esa mujer ha subido al Everest diez veces. Ella y su marido son un equipo, una pareja moderna, ella lo quiere mucho, él la adora, se apoyan y trabajan juntos; la penúltima vez que trató de subir hasta arriba descubrieron que ella tenía una dificultad respiratoria y el marido acabó poniéndole oxígeno, la prueba era llegar sin oxígeno. Con eso él se dispuso a subir los 100 metros que faltaban, ella se quedó abajo y le tomó la foto. La décima vez ella lo dejó en su casa, subió y puso su bandera en la cumbre del Everest. ¡Qué costo tienen los liderazgos de las mujeres!. La puedo ver a ella de equilibrista entre el matrimonio y el Everest, entre sus pulmones y los pulmones del otro. Esa es la escisión de las mujeres. Puedo imaginarla con el señor que le puso el oxígeno para que no subiera. Ella entendió y lo dejó en su casa, y entonces

él fue entrevistado como el esposo de la mujer que subió al Everest. Tenemos todos los ejemplos, el heroísmo, el martirio y todas esas formas muy enajenadas en que los liderazgos se van abriendo camino.

Liderazgos no autoritarios y honestos

En función del mundo en que vivimos, de lo que queremos y de lo que no queremos, necesitamos liderazgos que no sean autoritarios, y para eso tenemos que cultivar una rosa blanca y un poco de democracia. Debemos aprender a no ser autoritarias ni ejercer liderazgos autoritarios. Este tipo de liderazgos lastima a las mujeres y hacen retroceder su inserción.

No nos convienen los liderazgos abusivos. Además, no nos gustan y no los queremos. Liderazgos de abuso o para abusar son formas muy tradicionales de ejercer el poder y no queremos eso. Tampoco queremos liderazgos deshonestos. Ciertas ideologías afirman que las mujeres somos honestas así como que nos viene de las hormonas y no hay tal; lo que pasa es que muchas veces no hemos estado en condiciones de ser deshonestas, pero colocadas en ciertas posiciones la que no cae, resbala. Eso quiere decir que necesitamos cultivar una ética de la honestidad entre las mujeres y no ampararnos en una virtud sexual que no tenemos.

Quiero contarles que cuando hice mi investigación sobre los cautiverios de las mujeres, entre otras cosas estudié los delitos femeninos de las mujeres que estaban en las cárceles, y encontré que uno de los pocos delitos femeninos castigados con cárcel es la deshonestidad por sumisión a los hombres. Esas mujeres estaban purgando penas por fraude y, como antropóloga que soy, cuando analicé los casos a fondo, encontré historias de amores apasionados, de enamoramientos, de hombres que le pidieron a la gerenta que hiciera algo, del que le pidió a la secretaria; ni siquiera robaban para ellas. Uno de estos casos es interesantísimo. Habían siete presos del City Bank, entre ellos una presa. En dos años todos los hombres salieron libres. El fraude que hicieron fue muy grande y ella ni se benefició, pero entró a un juego deshonesto por amor. Era la amante de uno de los gerentes. Como ése podemos encontrarnos muchos ejemplos.

También hay lideresas que empiezan a manejar dinero sin tener experiencia. Una clave importante es formar a las lideresas como administradoras de recursos y concretamente, de dinero; que la lideresa más de base sepa hacer y rendir cuentas, que no haya quien la sustituya en eso, porque hasta ahora muchas de ellas son ayudadas por sus hombres a hacer las cuentas. Necesitamos que las lideresas sepan contabilidad. En pocas escuelas o cursos de liderazgos se enseña contabilidad aunque debería ser tan fundamental como saber el alfabeto. Necesitamos saber cómo se rinden informes financieros, cómo se piden créditos, cuándo se tienen que pagar. Tratamos que en todos nuestros proyectos las mujeres tengan recursos económicos, pero no tenemos tradición de manejarlos, entonces tenemos que fortalecer ese campo para fortalecer también una ética de la honestidad.

Otros liderazgos que no son positivos para nosotras son los liderazgos jerarquizantes porque tienden a marcar jerarquías discriminatorias; éstos se combinan mucho

con los heroicos. Quienes son heroicas muchas veces son prepotentes, jerarquizantes, y permanentemente se ponen de ejemplo, - las demás no sirven. Los liderazgos prepotentes y rivales no nos funcionan. Cuando pregunté, ¿quieren sangre?, lo dije porque en la cultura política estamos acostumbradas a la confrontación y a la rivalidad política, no específicamente de género. La cultura política en América Latina pasa por tal falta de democracia que no sabemos discutir o argumentar. Al contrario, pensamos que cuando la discusión estuvo dura y se agarraron de las greñas entonces estuvo buena.

Hace poco me entrevistaron para una revista española que se llama "Meridiana". El tema era un debate entre dos grupos feministas de España. Era el tema de las feministas de la llamada diferencia y las feministas de la llamada desigualdad -por cierto, es un tema que nos alcanza a todas-. Resulta que como yo soy discípula de ambas y de ambas aprendo, lo primero es que la periodista me pregunta con quién estoy y qué opino de la bronca que se traen; entonces le respondí que yo no iba a contestar eso porque me parece un abuso fomentar la confrontación entre las mujeres. Una cosa es discrepar y otra muy distinta, confrontar. Todavía tenemos la cultura de que si hay sangre, se puso buena la cosa. Me parece que la política democrática no tiene que ver con derrotar y con vencer, más bien tiene que ver con convencer. Esa es una clave feminista del consenso.

Liderazgos con sentido de auto cuidado y calidad de vida

Otro aspecto importante de los liderazgos es que tengan sentido como parte de la convocatoria social y política y que además tengan sentido en el desarrollo personal de cada mujer. Para lo de la convocatoria social sucede que a veces clamamos, pronunciamos, enunciamos necesidades sociales, pero cuando emergen los liderazgos no los apoyamos. La otra parte es que tengan sentido para la vida de las mujeres lideresas y al respecto, una clave absolutamente feminista que van a decir quien sabe si se puede, es que cada liderazgo éticamente planteado debe conducir al mejoramiento de las condiciones y de la calidad de vida de la lideresa, en primer lugar. Los liderazgos deben conducir a mejorar la calidad de vida, no ha empeorarla.

Muchos de los liderazgos sociales de mujeres en América Latina, en Asia, en Africa, durante los últimos 20 años han empeorado las condiciones de vida de las mujeres. Han sido mujeres insertas en procesos donde las forman como lideresas para que apoyen procesos productivos que no son para ellas o para que participen en procesos sin importar cómo están y cuál es su desgaste. Creo que ya tenemos mucha experiencia y por eso no podemos seguir fomentando liderazgos que bajen su calidad de vida, que las hagan perder condiciones de vida.

Un derecho propio, en primera persona, individual, como mujer moderna es el auto cuidado. Ese es el derecho a la vida de las mujeres vivas, y luego está el cuidado colectivo. En primer lugar está, y ustedes van a decir qué exótico, la salud de las lideresas. Si tuviéramos que montar un programa de apoyo a liderazgos de mujeres, lo primero que deberíamos hacer, es un diagnóstico de su salud, aun antes de preguntarles si saben leer o escribir. Además deberíamos proponernos

que al liderar mejorara su salud, pues no podemos pensar en mujeres deterioradas, liderando la causa del desarrollo humano sustentable.

Necesitamos impulsar la formación de médicas en salud integral en la facultad de medicina. Hacer un conteo de las profesionistas que requerimos para los proyectos políticos de las mujeres. Nos urgen médicas y sicólogas con perspectiva de género. Y como parte de la salud quiero incluir la salud mental. Es una dimensión fundamental de nuestro ser integral. Si las lideresas no cuidan de su salud mental, truenan. De eso se trata lo que hemos hablado, de impulsar liderazgos políticos para todo eso. Nosotras, que somos impulsoras de estos procesos, necesitamos ser ejemplares. No podemos seguir como hasta ahora, con una autoestima hecha pedazos haciendo talleres para la autoestima. Primero necesitamos enderezar la autoestima y luego a ver si tenemos algo que contarles a las demás. No podemos hablar de la salud si estamos desdentadas, seguir diciendo que debemos estar sanas con 20 kilos de sobrepeso, que la salud reproductiva y me embaracé sin darme cuenta. Eso no puede ser. No podemos seguir involucradas en este tipo de contradicciones doblemente desgarradoras. Un objetivo importante de cualquier proyecto para impulsar liderazgos de verdad, es hacer el diagnóstico de la salud de las lideresas y cuidar de su salud; y como somos muy compartidas, entonces vamos a hacer proyectos de salud comunitaria, de salud generacional y de salud y género. No puede haber avance político, si la salud de las mujeres no es prioritaria.

Nuestros liderazgos tienen que contemplar a las mujeres en su integralidad y no fomentar un aspecto del desarrollo a costa de otro. Es el caso que se produce cuando promovemos la participación ciudadana sólo a través del voto y no la ciudadanía de las mujeres. Pedimos votos para unos machos que no nos representan ni se van a ocupar de nosotras y andamos haciendo campañas políticas sin decirles: ¿Saben qué? Le entramos a su campaña, si nuestra agenda política entra en ella, porque si no, las mujeres vamos a hacer huelga de votos. ¡Si somos la mayor parte del electorado en el mundo! En un siglo cambió la cosa, después que unas cuantas tuvieron que luchar por el voto porque no podían votar, solamente podían hacerlo aquellas que tenían posición de clase en Inglaterra ¿Se recuerdan? Pasamos al voto universal de las mujeres. Hoy somos más electoras que electores, pero no tenemos el poder de las elecciones entre otras cosas porque no condicionamos nuestra participación política, porque aún tenemos vocación de marginales, que es una virtud patriarcal de las mujeres.

Liderazgos autónomos e independientes

Otra característica de los liderazgos entrañables es la autonomía. Necesitamos liderazgos autónomos e independientes, que no vayan a la zaga de procesos políticos, atrás, sino que formen parte de ellos con estos dos atributos fundamentales: Que sean autónomos en cuanto a otras instancias políticas y para que esto suceda necesitamos promover la organización de las mujeres; esto presupone que las mujeres tengamos organizaciones propias. Ayer le preguntaba a una compañera cuál era su grupo de mujeres y me respondió: "bueno, yo milito, pero en un partido político". Claro que milita, pero en medio tiene una laguna, todas las que venimos de esas historias las tenemos. A veces creemos que la militancia política sólo se da



en los partidos políticos. Lo que han descubierto muchas es que necesitamos espacios políticos entre mujeres y las que no los tenemos en primer lugar debemos formar espacios de conciencia, no de debate ideológico o político sino del desarrollo de la conciencia, de mí misma, del mundo, de todo.

Algunos espacios que en la cultura feminista han sido muy importantes se conocen como grupos de autoconciencia. Y esos grupos se basan en que el proceso es colectivo y que conjuntamente se desarrollan procesos individuales de conciencia. En esos espacios no tenemos que estar confrontadas; son espacios de confiabilidad entre mujeres - y tampoco tenemos que estar dos mil, cien o cincuenta. No es por kilo; suficiente con tres, porque dos necesita ser tres; pero si son dos, no importa; y bueno, si nada más es una, ya empezó, solamente es cuestión de que se lance a sacar a bailar a otra, que la invite a hacer un grupo de autoconciencia para definir lo que quieren, lo que les pasa, dónde están como mujeres. A eso me refiero cuando digo que las organizaciones, los movimientos y las formas más estructuradas de la causa de las mujeres necesitan autonomía con relación a los partidos políticos. Requieren independencia, libertad de criterio, de pensamiento, dudar, no creer, un conjunto de cosas que son la base de la independencia y de la autonomía.

Los grupos de mujeres y los movimientos de mujeres también requieren ser autónomos del gobierno. Y las mujeres que están en el gobierno necesitan crear equipos de género en los que se fomente, en primer lugar, la conciencia de género de las mujeres que están dentro del gobierno, porque si no, las estructuras gubernamentales y partidistas impiden que fluya la alianza, la coincidencia y la sintonía entre ellas. Entonces, las mujeres que están en el gobierno deben tener sus propios grupos de referencia para desarrollar su conciencia y funcionar con una clave de complicidad de género. A veces en los gobiernos de nuestros países hay una mujer que tiene conciencia de género en la secretaría o en el ministerio de educación, por acá hay otra que está en el de salud y otra en el poder judicial. Están todas separadas, desagregadas. Tenemos que apostarle a la agregación política en cualquier espacio, buscar a aquellas con las que sintonizamos o que están involucradas con las políticas que tratamos de impulsar.

La autonomía de los movimientos también debe tener otra característica: deben ser autoreferidos de género. Actualmente en América Latina existen varias tendencias: una de ellas es que algunos liderazgos, movimientos, instituciones y procesos que asumieron la causa de las mujeres evolucionaron hasta abrazar la causa de género. Algunos otros que no tenían suficiente solidez formativa, han confundido la causa de género con la participación de los hombres, pero una cosa es que en las transformaciones de género los hombres deben estar involucrados y otra muy distinta que organizativamente perdamos nuestros espacios de agregación de género. Tenemos que ser cuidadosas. En los espacios de género a los hombres casi se les da la bienvenida con vítores y aplausos.

Las mujeres tenemos que estar claras que necesitamos, y necesitaremos toda la vida, espacios de encuentros entre nosotras para fortalecer nuestra identidad, nuestra autoestima y para construir nuestra estrategia política que no siempre coincide con la de los hombres. Tenemos que cuidar los espacios que hemos construido y no ser frívolas con la inclusión de los hombres en todos los espacios.

Ahora, si queremos estar con los hombres para diseñar, intercambiar y hacer conciencia mixta, tenemos que crear espacios para eso, pero no debemos suplantar lo que hemos hecho con las uñas para tener pequeños espacios de reunión política entre nosotras.

Cuando utilizo el concepto "autoreferido" me refiero a grupos que trabajan por causas que incluyen a las mujeres. Lo más importante es que cada vez se haga más visible que se está trabajando para las mujeres. En muchos sitios me han dicho: esta organización trabaja con mujeres pero se llama Plantas de Animales S.A.. y cuando les pregunto por qué, responden que es para que les aprobaran el financiamiento. Otros nombres: mujer y familia, mujer e infancia, salud materno infantil, ciudadanía y familia; entonces el dilema es si la mujer o la familia y acaba siendo la familia. Acaban implementando políticas para que las mujeres sigan jugando roles tradicionales en las familias; ahí el sujeto no son las mujeres, son las familias. Estamos viendo surgir todo tipo de cosas eclécticas y raras que están haciendo políticas hacia las mujeres pero no con perspectiva de género y además oponen a las mujeres con otros sujetos más importantes en su jerarquía ideológica como la familia, una entidad que tiene supremacía en torno a las mujeres. En otros casos son los niños, ni siquiera las niñas, los que tienen supremacía frente a las mujeres. También ocurre con quienes trabajan sobre derechos humanos considerando que ahí van incluidas las mujeres y nunca tocan el tema de los derechos humanos de las mujeres. Cuando las cosas ya van caminando, llamémoslas por sus nombres.

La inferioridad de género se manifiesta en que no nos sentimos con legitimidad para ser sujetas. Y eso lo he visto hasta con una arroba. ¿Quieren que les diga de la arroba?. Bien, en el intento de avanzar y nombrar a las mujeres en una lengua que tienen géneros, el castellano, decimos las niñas y los niños, las mujeres y los hombres, las ciudadanas y los ciudadanos, las maestras y los maestros, las ingenieras y los ingenieros como un pequeño avance formal, lingüístico, incluyente y civilizador de las mujeres. No sabemos si además tiene valores de género o una perspectiva de avance de las mujeres, pero al menos quedan nombradas. Ahora resulta que para ahorrar papel, porque se tiran muchos árboles en los bosques y somos ecologistas, no queremos que se desperdicie mucho papel en el mundo, entonces acortamos otra vez el enunciado y en una esperpéntica arroba volvemos a aprisionar a las mujeres, y vuelven a quedar innombradas. No, el castellano es una lengua pródiga, usémosla, porque es prodigiosa si sirve para nombrar a las mujeres. Pero si en los avances de género volvemos a omitir, entonces no estamos haciendo que las personas visualmente lean la palabra niña o ciudadana, les estamos ahorrando el sufrimiento misógino de leer esas palabras maravillosas. Les quiero proponer que hagamos un pacto de no usar la arroba y volver a nombrarnos.

Ética personal y colectiva: deconstruir los viejos hábitos

Una parte importante es que nuestra realidad es muy compleja. Todo lo que digo parte de esa realidad, por eso una metodología que quiero recalcar individual y colectivamente para impulsar liderazgos de mujeres y para la vida misma, es el desarrollo de una capacidad fundamental para las mujeres contemporáneas: la



capacidad deconstructiva. Este concepto significa deshacer, desmontar. Para asumir nuevos hábitos, nuevas formas para los nuevos liderazgos lo que hemos hecho, a veces, es sumar lo nuevo a lo viejo y superponer cosas que son contradictorias y antagónicas. Para evitarnos esa superposición debemos reconocer que es preciso quitar algunas cosas para poner otras, desmontar, desactivar, desaprender para poder aprender.

Este es un cambio dialéctico que no está en la lógica tradicional donde aprender es sumar y sumar. En la perspectiva feminista necesitamos desaprender gran parte de lo que somos, de lo que creemos, de lo que sabemos hacer y dejar de hacerlo, que se nos olvide y no nos acordemos para colocarnos en situación de servidumbre voluntaria. Con ello logramos desmontar deconstructivamente la servidumbre voluntaria de mi instrumental de vida. Pero para eso primero necesito estar consciente qué cosas tengo que desmontar.

Existe una serie de cosas prioritarias para desmontar. Ha habido movimientos de mujeres en los que se ha planteado quitar el color rosa para las mujeres y el azul para los hombres, se destinan todas las energías a cambiar eso. Quisiera colocarme en una posición de mayor profundidad para que veamos hacia dónde dirigir nuestras baterías formativas, pedagógicas y organizativas en la construcción de los liderazgos, en nosotras y en las otras mujeres. Necesitamos entrarle a desmontar, a desyerbar, a desalambrar, a deconstruir en primer lugar, la violencia política, que en las culturas tradicionales de nuestro continente es una tentación permanente tanto de la derecha como de la izquierda. La violencia política es una tentación. Es seductora. Está en los mitos, en las ideologías, en nuestras historias y casi es legítima en alguna medida. Pero los procesos que hemos vivido nos han hecho saber que es muy costosa, y no va por ahí.

Además, como mujeres que hemos vivido el control político a través de la violencia, es incoherente que fomentemos formas de violencia, y puede volverse en nuestra contra porque toda violencia política es en parte violencia de género. La violencia política entre los hombres es una forma de violencia de género patriarcal. La violencia contra las mujeres lo es también. Todo lo que huele a violencia tiene que ser analizado por nosotras. La relación entre pacifismo y feminismo es una gran tradición contemporánea y ha costado muchos muertos y muertas; ha costado mucha sangre y pérdidas. Eliminar todas las formas de violencia es una prioridad de género dentro de la agenda política global que actualmente está en todos los rincones del mundo, la violencia contra las mujeres y violencia política en general. Necesitamos desmontar esa violencia en nosotras mismas. Todas las mujeres que han recibido violencia están estructuradas por ella y parte de la formación de los liderazgos es enfrentar la violencia que han recibido las lideresas y entrarle a los procesos de sanación y reparación de las lideresas.

También tenemos que desmontar en nosotras el maltrato personal y colectivo. Hablamos del descuido personal que es una forma de violencia, un maltrato autoconferido, pero si no desmontamos el maltrato personal nos colocaremos en las posiciones políticas en tal situación que seremos maltratadas. La persona que se automaltrata se coloca en posición de maltrato, la persona que se automaltrató recibió maltrato, pero afortunadamente podemos cortar esa cadena de

reproducción. La ética y las maneras son importantes. ¡Que el maltrato no esté presente nunca! La amabilidad es una dimensión de la política. No es un asunto superfluo sino parte fundamental de otra manera de hacer las cosas.

Eliminar la deshonra y el negativismo

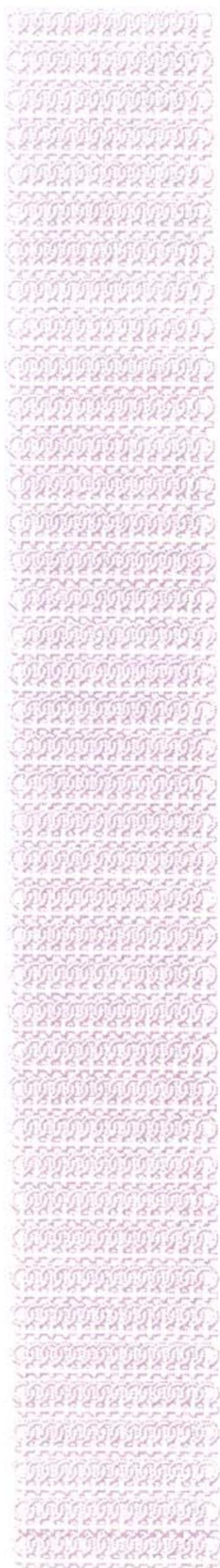
Otro capítulo importante es que debemos eliminar la deshonra de nuestras formas de hacer política. En otras palabras, tenemos que eliminar el maltrato a la honra e impedir al maltrato a nuestra honra. La honra es una dimensión simbólica del sujeto que a veces no tomamos en cuenta pero que es importante. Los hombres tienen tal poder que muy pocas cosas maltratan su honra, incluso cuando son flagrantes delincuentes, opresores, maltratadores, abusadores, su honra puede quedar en buen estado después de pasar alguna crisis. Si no, vean a Clinton. Mantener la honra política era mantener al sistema político. ¿A qué costo?, ¿Millones contra quién? Contra unas mujeres. Simple y sencillamente los hombres y la honra son un tema, pero las mujeres y la honra somos otro tema.

Si en la enemistad algo queda tocado entre las mujeres, es la honra. A las mujeres se nos enseña patriarcalmente a deshonrar a las otras permanentemente con la palabra, con las acciones, con el vacío, el aislamiento, la exclusión y el chisme. El chisme transmite capital simbólico, información, estatus, prestigio. Esa es la materia del chisme, darle en la torre a la honra de las personas. Entonces, estamos muy conscientes de que la deshonra es lastimosa para los liderazgos y que no se vale reproducirla entre las mujeres. Al contrario, necesitamos aprender a honrar a otras mujeres sin sentir que estamos perdiendo, sin sentir que nos subordina, que nos quita algo. Eso implica desmontarnos una de las estructuras de poder más duras de la conflictiva política entre las mujeres.

La descalificación como recurso político también forma parte de los aspectos a desmontar. Muchas mujeres al actuar en público y en privado tenemos que enfrentar de antemano una descalificación implícita. Antes de actuar ya estamos descalificadas, antes de hablar, no somos escuchadas. Aún hablando la gente no nos cree, desconfía, desautoriza, desaprueba. Es más, hay quienes son expertas y expertos oidores de mujeres nada más para esperar la pequeña falta, la ausencia, el equívoco, para desautorizar lo que decimos. La lógica es descalificando esto, descalifico todo y te descalifico a ti. Entonces, un recurso importante para favorecer liderazgos afirmados de mujeres, que puedan tener confianza y se sientan seguras, es dejar de descalificar.

El negativismo, también es otra característica a desmontar. Este puede tener muchos orígenes pero la desautorización, que es uno de los tipos de negativismo, se refiere a la impotencia de género. Es esa carga negativa en la evaluación de lo que hacemos, en que siempre quedamos como insuficientes: algo nos faltó, pudo haberse hecho mejor, se le olvidó esto, dejó aquello. Quien lo haga de la mejor forma posible siempre queda en falta. Fomentar liderazgos de mujeres pasa por evaluarlas con incentivos. No es una aprobación ciega, es una evaluación incentivante, que estimule el desarrollo y no que marque lo que faltó, lo que no se hizo; que promueva y valore lo que se hace, lo que está, lo que se sabe.





Todos éstos son elementos de la cultura política que muchas veces están ausentes en la cultura política entre las mujeres, pero cuando sí forman parte de ella, notamos enormes avances. Mujeres que son calificadas con una mirada positiva son mujeres que desarrollan seguridad en sí mismas. Mujeres que son avaladas en lo que hacen desarrollan confianza y pueden ser más exitosas. En efecto, muchas mujeres han salido de los escombros y verdaderamente son exitosas. Han salido de situaciones hostiles y han avanzado. También sabemos que mientras mejores sean las condiciones, los avances son mucho mayores y sustantivos.

Desmontar el propio machismo y misoginia

Necesitamos desmontar lo que nos queda de machismo. Ese es uno de los males que más atenta contra el desarrollo de las mujeres y obviamente, contra el desarrollo de las lideresas. Y aquí apelo a que reconozcamos qué tan machistas somos, en qué somos machistas, y que asumamos un compromiso ético de dejar de serlo. Debemos desmontar nuestra conciencia machista del mundo y del universo. El machismo consiste en la exaltación de los hombres y de lo masculino, en la creencia de la supremacía natural de los hombres o en las acciones que los colocan en posiciones de supremacía, -hago la diferencia porque a veces no creemos en la supremacía de los hombres pero hacemos cosas que los colocan en esa posición-; entonces, a veces nuestra conciencia está en otra parte, pero nuestros hechos demuestra lo contrario -. La supremacía masculina como un valor positivo, exaltado y venerado es parte de una cultura machista que hemos aprendido las mujeres. Otro aspecto importante del machismo es la exaltación de valores patriarcales en los hombres como si fueran la única forma de masculinidad posible. Por ejemplo, creemos que son así, que están echados a perder, que así nacieron desde el principio de la historia y así serán; pero no es natural, no es eterno, no es una fatalidad y tampoco es una virtud. El machismo se caracteriza también por la exaltación de formas de violencia, de fuerza dominadora, la bravuconería, por la exaltación de actitudes retadoras y temerarias, por el uso y abuso del poder.

Nosotras nos mirarnos colocando en la supremacía a otro. Hemos aprendido a reaccionar con miedo o sobredimensionando el respeto a los hombres, con una tolerancia muy grande a las cosas que hacen. Entonces, debemos desmontar el machismo en nosotras, en el lenguaje, en las actitudes y los hábitos; por lo tanto no podremos contar chistes sobre las mujeres, sobre los homosexuales, los negros, los gallegos y los yucatecos. El desmontaje del machismo es importante a tal grado que puede significar incluso, un cambio en el sentido del humor, y éste es uno de los aspectos de la cultura en que la dominación se legitima lúdicamente. Tendremos que desarrollar otro sentido del humor y usar nuestra risa en otras cosas.

Un componente que acompaña al machismo y también debemos desmontar, es la misoginia. Esta es otra parte del mismo complejo cultural y consiste en la desvalorización de las mujeres, su inferiorización en relación con los hombres o en abstracto porque son mujeres. Generalmente produce acciones hostiles que además se consideran legítimas. Es legítimo ser hostil con las mujeres feas "porque son feas". El día que descubrimos que todas somos feas o que la fealdad es una invención hostil para destruir a las personas, dejamos de ser misóginas. La misoginia

a veces escoge cebarse en mujeres particulares. Cada una de nosotras hemos aprendido a ser misóginas y nuestro drama es que lo somos con nosotras mismas. Nos desvalorizamos, nos minimizamos, no confiamos en nosotras, nos hostilizamos, descuidamos o nos agredimos a nosotras mismas. El autoboicot es parte de este fenómeno y se expresa en ponerse obstáculos, impedimentos, desmerecer las habilidades, las capacidades. La misoginia es uno de los componentes más importantes de la baja autoestima en las mujeres. Y para desarrollar liderazgos asertivos y afirmados, ya no digamos exitosos porque no hay garantía, pero que tengan fuerza y capacidad, Necesitamos desmontar la misoginia en cada mujer.

Las lideresas misóginas a punto de ganar una causa, a punto de ser nombradas, reconocidas para algo, se boicotean. Dicen que a ellas no, que se los den a otras, que no son las mujeres para este puesto. Las misóginas con nosotras mismas somos las peores propagandistas de nuestra persona. Actuamos en nuestra contra, nos descalificamos, usamos palabras soeces para referirnos a nosotras simplemente porque te equivocaste en algo, por ejemplo, ¡Qué tonta soy!. Debemos hacer una reforma verbal y lingüística. Proponernos no usar palabras descalificativas contra nosotras, y –generosas como somos, feministas como queremos ser– tampoco contra las otras. Necesitamos hacer una ética de la autoestima. Por eso para promover los liderazgos y la participación de las mujeres en el mundo entero se hacen programas para desarrollar su autoestima. Esa es una de las políticas globales que nos han favorecido. Así, si no logramos desarrollar liderazgos por lo menos reparamos la autoestima.

Eliminar los prejuicios y el sectarismo

También debemos eliminar y desmontar nuestros prejuicios sexistas homófobos y lesbófobos. Todas las que estamos aquí y desgraciadamente muchas que aun no han nacido, hemos sido educadas en la fobia legítima a las personas homosexuales. Incluso desarrollamos afectos de desprecio, no solamente descalificación intelectual o laboral sino sentimientos de desprecio, de rechazo y desde luego, acciones hostiles.

Para desarrollar liderazgos amplios de mujeres afirmadas y abiertas necesitamos dejar de ser hostiles con personas que tienen una sexualidad distinta o no aprobada en su mundo. He dicho y escrito que la peor homofobia y lesbofobia es la de las mujeres con sus parientas homosexuales, con sus amigas, con sus colegas, sus compañeras de ruta, de partido o de grupo. En nuestro continente, algunas mujeres brillantes y magníficas políticas han sido excluidas del liderazgo por ser lesbianas. Mientras eso suceda nos están excluyendo a todas aunque a veces las homófobas han contribuido con saña a ese descrédito.

Necesitamos hacernos cargo de qué tan lesbófobas somos y vencer el miedo. La lesbofobia se basa en el miedo al contagio, y pensamos que si mi amiga me toca, me va a pasar algo. Quiero decirles con mucho respeto y cariño que en muchos grupos, las mujeres me plantean una duda en confianza: ¿Si seguimos con este rollo de género nos tenemos que volver lesbianas? Y yo les respondo: pues, las que quieran.

Esas son las creencias actuales en muchas mujeres y tenemos que explicar cómo es que las personas se vuelven lesbianas. De qué se trata eso, que no es un contagio,

que puede antojarse pero que no se contagia porque no es una enfermedad, un virus, una bacteria o un gen. Es una vía sexual de desarrollo de las personas, objetada, castigada y considerada motivo para el oprobio en sociedades como las nuestras. Y si nosotras somos defensoras de los derechos humanos de las mujeres debemos ser defensoras coherentes. Los derechos humanos de las mujeres son de todas o de ninguna, entonces aquí vamos juntas o no vamos, las heterosexuales, las lesbianas, las bisexuales, las transexuales.

El tema de la sexualidad no debe ser un asunto de discriminación entre nosotras. Al contrario, debemos entender que nosotras también somos discriminadas sexuales. Seamos heterosexuales u homosexuales, toda las mujeres somos objeto y motivo de discriminación sexual. Por eso es importante luchar por los derechos de las mujeres, en cualquier opción sexual, en este momento y en el mundo. Nuestros prejuicios adultistas o juvenilistas son también aspectos que debemos abordar.

Voy a tratar de articular todo lo que hemos abordado en estos dos días. He mencionado que tenemos prejuicios racistas y esteticistas como los de la frialdad, la belleza, la elegancia, el estilo, el caché. Prejuicios basados en valores estéticos tradicionales, por eso hablaba de que tenemos que hacer una estética distinta. Desde luego necesitamos eliminar cualquier forma de sectarismo político; muchas podemos estar de acuerdo con muchas cosas, pero no con las discrepancias políticas. Entonces, la propuesta es eliminar y desmontar en nosotras formas de sectarismo político, religioso, ideológico o de cualquier otro tipo.

Eliminar cualquier forma de basismo, esa exaltación virtuosa de las bases como categoría política considerada con supremacía, como si tuviera atributos magníficos y las bases fueran positivas siempre, como si siempre tuvieran la verdad, la razón histórica y el sentido de la vida. Todas esas formas de populismo, de considerar que el pueblo es bueno porque sí, o es una categoría superior a otras, son formas de sectarismos.

Otros sectarismos son los nacionalismos que consideran la existencia de supremacías nacionales en las personas, que son mejores jerárquicamente a otras personas por su nacionalidad. Ese es un problema grave de nuestro tiempo. Desde luego, los nacionalismos latinoamericanos son para llorar. Nos hacen enorgullecernos de vulgaridades terribles, promueven un sentimiento nacional conmovido por cosas que nos darían vergüenza. Me parece que debemos ser muy críticas con los nacionalismos, pero además saber que conducen a formas de violencia. La relación entre nacionalismo, populismo, fascismo y violencia es muy estrecha.

Si analizamos concretamente nuestras naciones podríamos decir con capacidad crítica, estoy de acuerdo con esto de mi nación y con aquello no. Tendríamos que montar una conciencia nacional crítica para aprender, para no repetir errores y para tener una aproximación mucho más lúcida al conocimiento de nuestras naciones.

En síntesis, la parte que tenemos que desmontar como la dimensión deconstructiva necesaria de la política feminista, es ese conjunto de prejuicios en nosotras mismas, en las compañeras, grupos y movimientos. Pero además, no se trata solamente de deconstruir, también tenemos que construir alternativas de valores, actitudes y todo lo que esto conlleva. Ese es el tema que sigue y con el cual espero cerrar mañana.